

gran agilidad de espíritu, que debilitó extraordinariamente mi voluntad; la costumbre del análisis moral perpetuo destruyó en mí la frescura del sentimiento y la fuerza de la razón.

Las ideas abstractas se forman gracias á la capacidad del hombre de coger, por medio de la conciencia, un cierto estado momentáneo del alma y transportarlo en el recuerdo. Mi capacidad de reflexión abstracta desarrolló en mí la conciencia hasta un grado tan anormal que, muchas veces, comenzando á pensar en las cosas más simples y sencillas, acababa por caer en el círculo vicioso del análisis de mis propias ideas. De modo que no pensaba ya en lo que había atraído la atención de mi espíritu, sino que pensaba en lo que yo pensaba... A mí mismo me decía: Pienso en que estoy ahora pensando.—Y ahora, en qué pienso? Pienso en que pienso en lo que pienso...—Mi razón empezaba á perder su equilibrio.

Sin embargo, los descubrimientos filosóficos que hacía halagaban extraordinariamente mi amor propio, y con frecuencia me creía un grande hombre que descubre, para dicha de toda la humanidad, una verdad nueva, y desde lo alto de mi orgullosa conciencia me miraba á los demás mortales; pero, cosa extraña, cuando me hallaba en presencia de alguno de estos mortales temblaba de pies á cabeza, y cuánto más me elevaba en mi propia opinión, menos capaz era de mantener relaciones con los demás hombres, y no tan sólo me abstenía de mostrar á nadie la conciencia de mi propia dignidad, sino que ni sabía acostumbrarme á no tener vergüenza á la más pequeña frase que se me dirigía...



XX

Mi hermano Volodia

CUANTO más avanzo en la explicación de esta época de mi vida, más pesada se me hace la labor y más difícil para mí. Muy raramente, entre mis recuerdos de esta época, hallo instantes de sincero y ardoroso sentimiento, de aquel sentimiento que iluminaba con puros é incesantes resplandores los comienzos de mi existencia. Involuntariamente siento en mí el deseo de atravesar lo más pronto posible el desierto de la adolescencia y de alcanzar el momento feliz en que de nuevo el sentimiento de veras tierno y noble de la amistad iluminó con purísima luz el término de este periodo y el principio de una nueva vida, llena de encantos y de poesía, la vida de la juventud.

No seguiré hora tras hora mis recuerdos, pero quiero echar siquiera una rápida mirada sobre los sucesos principales desde el presente momento hasta mi amistad con un hombre extraordinario que tuvo una influencia inmensa, decisiva y bienhechora, sobre mi carácter y mi dirección.

Uno de estos días ha de entrar Volodia en la Universidad, profesores particulares vienen ya para él sólo, y yo con cierta envidia, mezclada con un involuntario respeto, le escucho cómo, con el yeso en la mano y de pie ante un encerado, habla de raíces y de coordenadas... expresiones que á mí me parecen pertenecer á

una ciencia intangible. Un domingo, después de comer, se reúnen en el gran salón de nuestra abuela todos sus profesores, con dos catedráticos de la Universidad, y en presencia de papá y de algunos amigos de la familia, se hace una especie de ensayo de sus exámenes de ingreso, y en ellos demuestra Volodia, con satisfacción inmensa de nuestra abuela, hondo conocimiento de las materias sobre las cuales se le pregunta. También me hacen á mí algunas preguntas, pero estoy muy mal preparado y los profesores tratan de disimular mi insuficiencia, pero de modo que mi ignorancia me confunde aun más. La verdad es que ponen muy poca atención en mí, quizás porque no tengo aun sino quince años escasamente y me falta todavía uno para mi ingreso en la Universidad. A Volodia se le ve únicamente para comer, todo lo demás del día y buena parte de la noche se queda arriba estudiando, pero no porque le obliguen á ello, sino por su propia voluntad... Es muy ambicioso y no se contenta con hacer unos exámenes medianos, quiere que sean brillantísimos.

Y con esto llega el primer día de exámenes; Volodia viste un traje azul, con botones dorados, lleva zapatos de charol y en el bolsillo un magnífico reloj de oro. Ante el portal se pára el coche de papá, arregla Nikolai los asientos, y Volodia y Saint-Jerôme suben al carruaje. Las niñas, especialmente Katenka, con el rostro resplandeciente de alegría, contemplan desde la ventana la silueta elegantísima de Volodia que sube al coche, mientras papá dice: «Dios lo quiera! Dios lo quiera!» y nuestra abuela, que se ha arrastrado hasta junto á la ventana, con las lágrimas en los ojos va haciendo la señal de la cruz sobre Volodia hasta que desaparece el coche tras la esquina de una calleja, y se queda murmurando algunas palabras que no llevo á entender.



Vuelve Volodia, y todos con gran impaciencia le preguntan: «Bueno, y qué? Bien, eh? Cuántos puntos?» Pero sin más que ver su alegre cara ya se comprende que ha quedado bien Volodia, cómo que ha tenido cinco puntos. Al día siguiente le despiden todos con los mismos deseos de que salga bien y con los mismos temores, y se aguarda su vuelta con igual impaciencia é igual ale-

gría; y de este modo durante nueve días seguidos. El décimo es el en que se hace el último y más difícil examen, el de la instrucción religiosa. Toda la familia está reunida junto á la ventana y aguárdase á Volodia con impaciencia mayor aun que los días anteriores. Son ya las dos y Volodia no vuelve.

—Dios mío!... vedles, vedles!—exclama de pronto Lubotchka, sacando casi todo el cuerpo fuera de la ventana.

Y en efecto, en el coche, al lado de Saint-Jerôme, viene sentado Volodia, pero no lleva ya el fraque azul y el sombrero gris, sino que luce gallardamente el uniforme de estudiante, con su cuello azul bordado, con su sombrero de tres picos y su espada al costado.

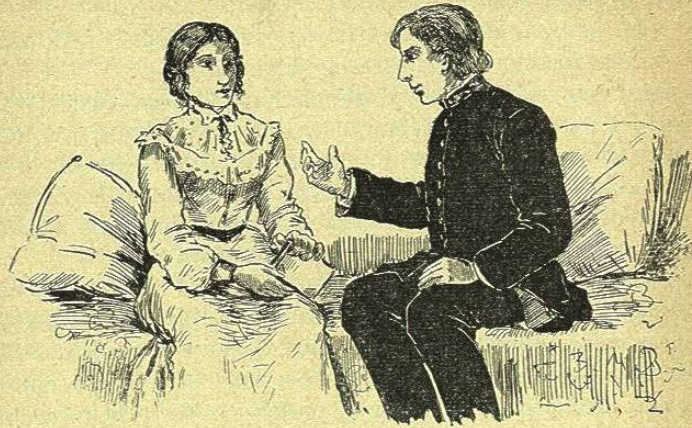
—Por qué no estás viva aun!—exclama mi abuela al ver á Volodia de uniforme, y se desvanece en los brazos de Mimi.

Volodia, con el rostro lleno de alegría corre á nuestro encuentro, y me besa á mí, á Lubotchka, á Mimi y á Katenka, la cual se enrojece hasta la punta de los cabellos; Volodia no sabe qué hacerse, tanta es su alegría. Ah! y qué hermoso está con su uniforme, y qué orgulloso! El cuello azul bordado en oro le sienta maravillosamente y hace resaltar sus nacientes bigotes negros. Su talle es esbelto y elegantísimo, su prestancia noble! Ese día memorable, comemos todos juntos en el cuarto de nuestra abuela. En todos los rostros resplandece la alegría, y á media comida, en el momento oportuno, trae el mayordomo á la mesa, guardando un continente entre solemne y alegre, según convenía á las circunstancias, una botella de *champagne* envuelta en una servilleta. Nuestra abuela, por la primera vez después de la muerte de mamá, bebe también *champagne*; bebe toda una copa, felicitando á Volodia, y de nuevo se pone la pobre á llorar pensando, sin duda, en su hija.

Desde este punto, Volodia sale ya solo en su coche propio, recibe amigos suyos, suyos únicamente, en sus habitaciones, fuma, frecuenta los bailes, y un día yo mismo le ví en su cuarto bebiéndose con sus camaradas dos botellas enteras de *champagne*, y todos ellos al vaciar sus copas lo hacían á la salud de una persona cuyo nombre pronunciaban apenas y misteriosamente, y entre sí discutían á quien tocaría el fondo de la botella.

Sin embargo, Volodia todos los días, con gran regularidad, come en casa, y después de comer se sienta en el diván, como tuvo siempre costumbre de hacer, y se pasa un gran rato hablando con Katenka, pero de un modo que á mí me parece lleno de impenetrables misterios. Hasta donde pude llegar á entender, sin tomar parte en la conversación, hablan únicamente de los héroes y de las heroínas de las novelas que han leído, de sus amores, de sus celos; pero

yo no puedo comprender cómo hallan encanto en conversaciones semejantes, ni porque se sonríen tan finamente mirándose á veces de soslayo y discutiendo con tanto calor acerca de estos temas.



En general, observé que entre Katenka y Volodia, además de la amistad muy natural en camaradas de toda la vida, existían relaciones para mí muy extraordinarias, que los alejaban de todo el mundo y los unían misteriosamente entre sí.

XXI

Katenka y Lubotchka

KATENKA tiene dieciseis años, ya es una mujer; las formas angulosas, la timidez, la escasa gracia de los movimientos propia de la niña mientras se halla en la edad ingrata, han dejado ya su lugar á la frescura y la gracia de la flor que acaba de abrirse; pero en lo demás no ha cambiado lo más mínimo. Los mismos ojos azul claro, la misma mirada sonriente, la misma nariz pequeña y recta, y cuya línea va á confundirse casi con la de la frente, la misma pequeñina boca con su clara sonrisa, los mismos graciosísimos hoyos en sus mejillas sonrosadas, las mismas pequeñas y blancas manos... de manera que, lo mismo que siempre, puede ser llamada Katenka la niña *gentil* por excelencia. Lo único nuevo en ella es la gran trenza rubia que lleva como las jóvenes que andan para mujeres y el naciente pecho,—cuya aparición parece que le estorbe y le agrada á un tiempo.

Y aunque Lubotchka ha crecido con ella y se ha educado con ella, mi hermana es muy otra.

Lubotchka es de poca estatura y su aspecto no tiene nada de agradable. Lo único hermoso que tiene en toda su persona son los ojos, unos ojos hermosos de verdad, grandes, negros, con una expresión infinitamente agradable y de suprema ingenuidad que

forzosamente ha de llamar la atención de cuantos la miren. Lubotchka es siempre en todas las cosas natural y simple; Katenka, en cambio, parece que quiere siempre tener semejanza con alguno, Lubotchka mira siempre rectamente y á veces cuando detiene sobre alguien su mirada, la aguanta tan largo rato que la riñen por eso, pues dicen que es una falta de buena crianza; Katenka, por el contrario, baja los párpados, medio cierra los ojos, y dice que lo hace por ser corta de vista, pero á mí me consta que ve perfectamente. Lubotchka no gusta de hacer monadas ante los extraños, y cuando alguien la besa delante de gente invitada, toma aires de descontento y dice que no le agradan las caricias; por el contrario, cuando hay en casa personas extrañas es cuando Katenka aparece más tierna y más juguetona, sobre todo con su madre, y gusta de corretear por el salón, cogida del brazo de cualquiera otra niña. Lubotchka se ríe siempre terriblemente, y en el acceso de la risa agita los brazos y corre por la estancia como una loca; Katenka,



por el contrario, se cubre la boca con el pañuelo ó con las manos, abandonándose poco á una risa franca y abierta. Lubotchka se sienta manteniendo derecho el cuerpo y anda con los brazos colgando; Katenka inclina á un lado la cabeza y marcha con los brazos encogidos. Lubotchka aparece riendo y satisfecha cuando puede hablar con algún señor de edad ya avanzada y dice que no se casará sino es con un húsar; Katenka dice que todos los hombres le son igualmente desagradables, que no se casará jamás y en cuanto algún hombre le dirige la palabra se turba y parece que le tenga miedo. Lubotchka se queja siempre de Mimi porque la aprieta de tal modo con el corsé que ella dice que se ahoga, que no puede respirar, y es aficionada á comer mucho; Katenka por el contrario, nos dice siempre que va floja y nos lo demuestra metiendo la mano por debajo del corpiño, y en cuanto á comer come muy poco. Lubotchka está todo el día dibujando testas y pequeñas figuras; Katenka no dibuja mas que flores y mariposas. Lubotchka

interpreta muy correctamente los conciertos de Field y hasta algunas de las sonatas de Beethoven; Katenka toca todo lo más variaciones de valeses, y se equivoca con mucha frecuencia, cometiendo en el piano las mayores atrocidades.

Pero, á pesar de todo y según mis opiniones de entonces, Katenka se parecía mucho más que mi hermana á una verdadera mujer, y he aquí porque me gustaba también infinitamente más.



XXII

Mi papá

DESDE que ha entrado Volodia en la Universidad veo siempre alegre á papá, y con mucha más frecuencia que antes come con nosotros y con nuestra abuela. Sin embargo, la verdadera causa de su alegría, lo he sabido por Nikolai, consiste en que durante esos últimos tiempos ha ganado mucho dinero. Aún muchos días, antes de marchars al Círculo, se viene á nuestras habitaciones, se sienta junto al piano, nos reúne entorno suyo y marcando el compás con los pies calzados con zapatillas, pues en casa no puede sufrir los tacones altos, nos dice canciones tzígas. Y entonces son de ver las extremadas admiraciones de Lubotchka, su preferida, la cual adora ciertamente en papá. Algunas veces viene á clase, escucha mis explicaciones y cuando quiere corregirme en algo, por las pocas palabras que al caso pronuncia comprendo que no está tampoco muy seguro de lo mismo que me enseñan á mí. Otras veces, disimuladamente, cuando abuela se enfada y nos riñe sin verdadero motivo, nos hace signos porque no le hagamos caso.

«Vaya! hemos sido cogidos, hijos míos!» nos dice después. En general, á mis ojos va descendiendo mi papá poco á poco de las alturas inaccesibles en que le colocara mi imaginación de niño. Verdad que beso todavía sus afiladas y blancas manos con el

mismo sentimiento de amor y de respeto, pero me permito ya pensar en él, juzgar sus actos, é involuntariamente se me ocurren acerca de él ideas de que yo mismo me asusto. Siempre recordaré un hecho que me inspiró algunas de estas ideas y que me ha causado verdaderos sufrimientos morales.

Una noche entró, ya bastante tarde, en el salón, vestido de fraque y con chaleco blanco, para llevarse consigo á un baile á Volodia, que en aquel momento se acababa de vestir en su cuarto. Nuestra abuela, ya en la alcoba, esperaba que mi hermano fuese á verla—pues tenía, siempre que iba á un baile, la costumbre de despedirse de él, examinando su vestido y haciéndole mil recomendaciones. En el salón, que iluminaba una sola lámpara, Mimi y Katenka iban y venían, disponiendo y arreglando no sé qué cosas, y Lubotchka sentada al piano estudiaba el segundo concierto de Field, que era uno de los trozos de música favoritos de mamá.

En ningún otro momento supe hallar una tan extraordinaria semejanza entre mamá y Lubotchka, cómo que parecía ella misma. Lo raro es que esta semejanza no estaba ni en el rostro, ni en la estatura, sino en algo que no era fácil precisar: en las manos, en el modo de andar, en mil imperceptibles movimientos, pero sobre todo en la voz y en algunas de sus expresiones. Cuando Lubotchka se enfadaba y decía: «Hace un siglo entero que no me dejan tranquila», estas dos palabras *siglo entero* que mamá tenía la costumbre de pronunciar con frecuencia, las decía mi hermana de un modo tal, arrastrando las sílabas, que uno creía estar oyendo á mamá. Pero la más extraordinaria semejanza la ofrecía la niña, en su modo de tocar el piano y en todas sus actitudes mientras tocaba; se arreglaba las faldas al sentarse y doblaba la hoja cogiéndola por la parte de arriba, con la mano izquierda, del mismo modo exactamente que mamá; lo mismo que ella también, cuando no acertaba con alguna de las notas ó modulaciones musicales, daba un puñetazo sobre el teclado, exclamando: «Oh! Dios mío!» cómo tocaba también con su misma extraordinaria delicadeza y limpidez, que todas las grandes habilidades de los pianistas modernos no han logrado hacer olvidar.

Papá entró en el salón con apresurado paso y se fué derechamente á Lubotchka, quien al verle dejó de tocar.

—No, Lubotchka, sigue, sigue—dijo papá cogiéndola y sentándola él mismo,—ya sabes cuánto me gusta oírte.

Lubotchka continuó tocando y papá se quedó sentado delante de ella contemplándola. De pronto, hizo un brusco movimiento de hombros y empezó á pasearse por la estancia. Cada vez que se

aproximaba al piano, se detenía y se quedaba mirando largo rato á Lubotchka. Fijándome en él entonces, observé que estaba profundamente emocionado. Después de haber atravesado varias veces el salón, se plantó detrás de la silla de Lubotchka besó sus negros cabellos y volviéndose rápidamente al otro lado prosiguió sus paseos. Al acabar la niña su tocata se levantó, y acercándose á papá le preguntó:

—Te ha gustado?

Silenciosamente le tomó con ambas manos la cabeza y se puso á besarla en la frente y en los ojos con una ternura que yo no había visto jamás en él.

—Ay! Dios mío! pero si estás llorando, papá!—dijo Lubotchka de pronto fijando en nuestro padre sus grandes ojos sorprendidos.

—Pídote perdón, mi queridísimo papaíto, pues no había caído en que es éste el *concierto de mamá!*

—Oh, no! querida... lo que te pido es que lo toques con mayor frecuencia—dijo papá con voz trémula de emoción.

—Si supieses el bien que me ha hecho poder llorar contigo...

Y la besó otra vez aun; entonces tratando de disimular su emoción, salió, moviendo con brusco ademán los hombros, por la puerta que desde el corredor conducía al cuarto de Volodia.

—Volodia!—gritó desde la mitad del corredor —acabas pronto? En este momento vino á pasar por delante de él la criada Macha, la cual, al ver

al amo, bajó la cabeza y quiso dar un rodeo para no toparle; pero él la cogió y la detuvo, diciéndole en voz bajita:—«Vaya! cada día más hermosa!»—y se inclinó sobre ella cómo para besarla.

Macha bajó avergonzada todavía más la cabeza y murmuró:

—Permitídmel...

Cuando hubo pasado Macha y me vió á mí papá, encogióse de



hombros con su movimiento habitual, hizo cómo si tosiese y luego gritó otra vez:

—Volodia, pues, qué haces?

Quiero á mi padre, pero la razón vive independientemente del sentimiento, y con frecuencia encierra la razón ideas que hieren el sentimiento y que son muy crueles y aún incomprensibles para el corazón. Y pensamientos de esta clase, aunque yo me esforzaba en apartarlos de mí, me asaltaban, cuando pensaba en mi padre, con excesiva frecuencia.